

LA CARTA

Israel Castellanos

Facultad de Filosofía y Letras

La respiración se le paralizó momentáneamente, no así el corazón, que latía como esos retumbos lejanos del mar. Reconoció la carta por los timbres pegados con unguento. Respiró profundo y la levantó del suelo. Cerró la puerta. Más que cansado físicamente por el largo caminar y las escaleras de los cuatro pisos, estaba hastiado de tanto no pensar en nada, de tanto pensar en todo. Había veces que no sabía cómo cruzaba tantas cuadras sin acordarse. La gente era para él como esos árboles, como esos caminos viejos que de tan conocidos no merecen siquiera que se les preste atención. No, tampoco sentía odio, pero leer una carta de ella era como revolverse el estómago por sí mismo, golpearse por voluntad, pues bien podía dejar de leerlas. Pero no, tenía que hacerlo, ¿qué tal si le avisaba ahí algo importante, de algún enfermo? "La leeré luego", dijo casi en voz fuerte, pero sabiendo que antes pasarían varios días. Entonces. . . otra vez sus entrañas.

Ya acostado pensó en el malestar que le venía del estómago; hasta entonces se acordó que no había comido desde la mañana cuando salió como todos los días. Una cena. Sí, una buena cena le caería bien.

El cuarto estaba vacío, y le alegró mucho, pues tener que estar contando siempre lo mismo era ya inaguantable, principalmente a partir de aquel día. Y si no había alguna "noticia", volverían las mismas preguntas: "¿Y no te asustaste?", "¿Hasta qué calle corriste?" Por eso, para cuando volvieran, ya estaría dormido. Eran ya las nueve. Se decidió a buscar algo para cenar, lo que fuera, pero la carta estaba ahí todavía sobre su pecho, refugiada con algo de amor entre sus manos.

Cerró los ojos, apretándolos. Los abrió nuevamente y suspiró. Hacía tiempo que no le escribía y pensó que hoy sería diferente.

"San Martín, a 1º de diciembre de 1968."

Joben leyó dejando entrever una sonrisa, pues siempre le escribe así.

"Estimado hijo:

. . . yo ya casi no duermo, preocupaciones aquí, preocupaciones allá, y ahora con esto. Hijo de la chingada cuando vengas me las vas a pagar todas juntas, ¿qué crees que no estoy preocupada?, ¿por qué no escribes? Hasta pensé que ya estabas muerto. Pero tú no tienes por qué andarte metiendo. Dice el maestro Simón, que ya fue por su hijo, que con el gobierno no hay que me-

terse. Las noticias del radio las escuchamos todos los días porque dicen los que vienen de allá que han muerto muchísimos, pero el radio no dice nada de eso, lo que sí menciona es ese Tlatelolco. Dios quiera y todavía estás vivo. Yo ya iba a ir a traerte pero se cruzó la muerte del compadre Gorgonio que por cierto te aviso que ya murió y además no pude vender la marrana gorda. ¿Por qué no te vienes hijo y dejas esos estudios? , ya ves que yo por eso no quería que te fueras tan lejos a sufrir, aquí de maestro ibas a ganar bien, estoy segura que el director todavía te mete de maestro, así le enseñas a tu hermanita porque ya le toca, nos avisaron del municipio. Pero lo que yo quiero saber es qué buscan los estudiantes si lo que deben hacer es estudiar, que para eso están, si están viendo que los están matando porqué no dejan eso. Mira, si te vienes te hago al gallo de la gallina brava en tamales el día de tu santo, ya pisa. Yo lo que siento son las pobres mamás que sufren para mandar a sus hijos nomás para que se los maten así nomás, pero ese desgraciado trompudo tiene la culpa, como no lo matan a él, cómo no se muere aunque sea de calentura como el hijo de Flavia.

Ya te digo, no andes de metiche, qué ganas. El radio dice que los estudiantes tienen armas, contéstame si es cierto. Un día Jovita me espantó porque vino corriendo a decirme que ya venía la revolución de México. Fue a principios de octubre, ya no se hablaba de otra cosa aquí, yo me asusté mucho. Por eso quería irte a buscar pero a lo mejor me perdía en ese México. Cómo le digo a tu tío si te matan, de qué sirvieron los sacrificios, tanto esfuerzo, aquí por lo menos si se muere uno se muere en casa y todos contentos. Eso toma en cuenta hijo, el sacrificio, pero si no me haces caso y te matan, de mí te vas a acordar, porque por eso soy tu madre, tu madre. . .”

“Sacrificio” “Sa cri fi cio” . . .

La hoja caminó ligeros pasitos sobre el piso movida por un vientecito triste. Sus ojos húmedos por dentro se fijaron en un punto cualquiera del techo. Ni siquiera supo que estaba tendido sobre la cama plegadiza con los brazos en cruz. Sus ojos, convertidos en acero, se apoderaron del mundo, mundo en el cual él se movía y creía ser dueño de sí y de su libertad. Pero lo terrible se presenta cuando alguien le dice brutalmente que esta vida y libertad que se llevan son nulas si se oponen a la de un tercero, por lo que hay que pagar tributo por esa libertad, no importa que sea a costa de la vida.

No podía ser cierto, y tan no le cabía en su espíritu que todavía se siente él, en persona y de ello son testigo otras personas, entrar en la Biblioteca Nacional con un libro en la mano, y se ve siempre, por más que de tanto acordarse ya se le haga irreal; siempre se ve en la misma forma. En la calle hay demasiada gente como para temer algo, además él va a estudiar, lo puede comprobar.

Un enorme alboroto llega hasta el interior de la sala rectangular violando estrepitosamente el silencio cálido. Lo primero que hace es ganar la puerta entre una multitud que entra y otra que trata de salir. Es demasiado rápido encontrar respuesta a sus preguntas. Corre hacia el oriente sobre Uruguay mientras piensa en su familia, pero unos hombres uniformados se le acercaban en sentido contrario. ¡Soldados! , pensó. Regresó violentamente hacia Isabel la Católica, pero con horror vio cómo unos disparos se ahogaban entre los gritos de la multitud que no sabía para dónde correr.

Figuras *diabólicas* y *dantescas* perseguían con la muerte puntuda en las manos a unas criaturitas que habían dejado de serlo para convertirse en *llanto*. Todas se llamaban *llanto*. Otro grupo de hombres doblaba de la parte norte de esta calle hacia Uruguay y se le acercaban disparando de tiempo en tiempo sobre toda la calle. ¡Soldados! , dijo ahora en voz alta sin que nadie lo escuchara, ni siquiera él mismo. Volvió nuevamente sobre sus pasos, pero

ahora con más violencia que antes. Notó que no corría solo; supuso que era estudiante también porque un libro forrado se cobijaba en su brazo encogido. Quizá salió también de la biblioteca, era su pensamiento ahora entorpecido. Hicieron pareja por instinto, pues en la desgracia de todos se sintió hermano, pero el otro se divertía coreando los disparos. Estos aumentaron, se escuchaban ahora a una regularidad increíble, ya no había gritos que los opacaran, ni siquiera la voz de un gemido. Corrió. Corrió, siempre acompañado y cada vez más aprisa. El que corría a su lado volteó un instante y dijo: "Ahí vienen." Las balas una vez salidas del cañón adquirían en el pavimento otra dimensión, una dimensión que nadie aceptaba voluntariamente; todos corrían por las banquetas, sólo ellos se agigantaban en medio de la calle hasta doblar a la derecha en la primera esquina, pero otro grupo de hombres doblaba la misma esquina segundos después, apoyados en su soberbia y su inmunidad. Y fue precisamente de esa esquina maldita de donde salió el virus candente que habría de poner un suspenso en el camino de otra vida. Vio cómo el compañero casual, el que llegó a sonreír en la desgracia, se doblaba delante de él, cuando al parecer habían logrado alejarse. Vio que se inclinaba sobre sí mismo frente a la tierra que servía de testigo mudo, reverenciándose ante ella; permaneció varios segundos soportando un quejido antes de cobijarse con amor sobre los brazos del pavimento, como el recién nacido en los brazos de la madre. Tuvo el instinto de cargarlo a la banqueta, preguntarle su nombre, su domicilio para avisarle a su familia, lo que fuera, pero el nudo de la garganta estaba ahí apretándole hasta la asfixia. Sólo alcanzó a decir: "¿te dieron?", "¿te dieron?", pero fueron preguntas que se quedaron pegadas al cuerpo caliente porque no encontraron respuesta, excepto la que dio el viento de la tarde, que traía la voz de otros disparos.

Recuperó el miedo y sólo entonces siguió corriendo hasta el límite de sus fuerzas, siempre siguiendo el sur. Cuando se dio cuenta ya iba caminando cabizbajo por innumerables calles. Tuvo que tocarse para convencerse que iba ahí. El rostro del caído también le indicaba que iba ahí, caminando, caminando, por calles y colonias.

Una llave sigilosa abría en ese instante la puerta número 14 del edificio 98 de la calle Hidalgo, en la colonia Santa Ana.

"Andrés, Andrés, dijo el recién llegado, levántate, estás sudando, ¿otra vez con la pesadilla?"

Abrió los ojos sin decir nada. Instintivamente buscó la carta mientras se secaba la frente, la tomó entre sus manos y respiró profundo. "Joben", leyó otra vez con una sonrisa.

